

COMENTARIOS AL EVANGELIO DE SAN MATEO
CAPÍTULO DÉCIMO TERCERO: 7
Padre Arnaldo Bazán

“El que fue sembrado entre los abrojos, es el que oye la Palabra, pero los preocupaciones del mundo y la seducción de las riquezas ahogan la Palabra, y queda sin fruto. Pero el que fue sembrado en tierra buena, es el que oye la Palabra y la comprende: éste sí que da fruto y produce, uno ciento, otro sesenta, otro treinta” (13,22-23).

Dios espera de cada uno de nosotros que demos el mayor y mejor fruto. No podemos contentarnos con dar sólo el treinta o el sesenta, sino que tenemos que aspirar a dar el cien por cien.

Pero, nos preguntamos, ¿cómo podremos dar ese fruto?

La clave nos la da el propio Jesús, tal y como dice el evangelio de san Juan en el capítulo 15.

Allí Jesús declara que El es la viña y nosotros los sarmientos, que es lo mismo que decir que El es el árbol y nosotros somos las ramas. También afirma que su Padre es el viñador, o sea, el encargado de recoger el fruto y eliminar las ramas inútiles y podar las que pueden dar más fruto.

En los versículos 5 y 6 Jesús afirma categóricamente: “-El que permanece en mí y yo en él, ése da mucho fruto; porque separados de mí ustedes no pueden hacer nada. Si alguno no permanece en mí, es arrojado fuera, como el sarmiento, y se seca; luego los recogen, los echan al fuego y arden”.

Para los judíos que escuchaban a Jesús esta comparación entre la vid y los sarmientos era muy fácil de comprender. Era algo que veían frecuentemente.

La vid es sólo un arbusto, pero es donde crecen las uvas colgando de los sarmientos.

Sabemos que para que una rama pueda tener fruto tiene que estar unida al árbol, ya que es de su tronco que reciben las ramas la savia vital para dar fruto.

Cuando estamos unidos a Cristo, por medio de la gracia santificante que recibimos en el Bautismo y volvemos a recibir, si la perdemos, en el sacramento de la Reconciliación, es que podemos dar frutos de vida eterna.

Por el contrario, el Padre nos rechazará si nos encuentra sin frutos, como haría el podador con las ramas inútiles, ya que, como dice Jesús (versículo 9): “La gloria de mi Padre está en que ustedes den mucho fruto, y sean mis discípulos”.

Los cristianos tenemos la dicha de haber sido elegidos por Jesús para ser sus testigos en el mundo por medio del amor, dando frutos de buenas obras.

Así nos lo dice: “Yo los he elegido a ustedes y los he destinado para que vayan y den fruto, y que su fruto permanezca”(15,16).